

## REVIEWS

---

José Montero Reguera. *El Quijote y la crítica contemporánea*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1997. 286 pp. ISBN: 84-88333-II-0.

*Materiales del Quijote: La forja de un novelista*. Vigo: Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo, 2006. 175 pp. ISBN: 84-8158-339-1.

Si bien estos dos estudios son fruto de la pluma del mismo crítico, José Montero Reguera, profesor titular de la Universidad de Vigo (España), es indudable que ambos volúmenes responden claramente a objetivos muy diferentes. Mientras el primero, publicado en 1997, pretende ofrecer un exhaustivo panorama de la crítica cervantina contemporánea, el segundo, salido a la luz casi una década después, está dedicado al análisis de los materiales literarios con los que Cervantes estaba trabajando en los años inmediatamente previos a la gestación de la primera parte de *Don Quijote* y que, de acuerdo con la argumentación de este crítico, determinarían la escritura del *Quijote* de 1605. Así pues, el primero de estos trabajos se nos presenta como un libro de referencia a la hora de identificar y valorar los diversos esfuerzos críticos dedicados a la producción literaria de Miguel de Cervantes; el segundo, por el contrario, es un ejercicio de crítica e investigación literarias encaminado a establecer los diferentes elementos que contribuyeron a la creación de la primera entrega de *Don Quijote*. Teniendo todo esto en cuenta, considero que los resultados alcanzados en ambos estudios son marcadamente dispares: mientras el primero se revela como un tomo de consulta muy útil, lleno de información pertinente y adecuadamente estructurada, el segundo, pese a proponer ideas por veces de considerable interés, termina por no resultar igualmente satisfactorio. Pero adentrémonos en ambas propuestas de Montero Reguera para—espero—tratar de descubrir el porqué de dicha disparidad.

En la introducción a *El Quijote y la crítica contemporánea*, Montero Reguera se hace eco del gran impulso experimentado por los estudios cervantinos durante el último cuarto del siglo XX, sobre todo debido a la creación de sociedades y publicaciones especializadas en el mundo académico español y estadounidense, lo cual lleva al crítico a circunscribir su estudio a dicho momento histórico: “A la vista de tan rica y compleja realidad, mi propósito es presentar un panorama crítico que ordene y sistematice las líneas de investigación fundamentales sobre el

*Quijote* en el período de tiempo comprendido entre 1975 y 1990” (13). Uno de los grandes aciertos del volumen de Montero Reguera radica en el método elegido para la división y organización de su sistematización de la exégesis contemporánea del *Quijote*. El libro hace a un lado el estudio de pasajes y personajes concretos y decide no centrarse en las diversas escuelas de interpretación del *Quijote* ni en los innumerables—y en muchos casos extraordinariamente prestigiosos—autores que se han ocupado de analizar la obra maestra de Cervantes en favor de lo que denomina *líneas de investigación*. Montero Reguera define dichas líneas de investigación sobre el *Quijote* como “núcleos generales de análisis de esta obra cervantina” (13), lo cual supone que su trabajo va a estar organizado partiendo de criterios temáticos. A mi juicio, es ésta una decisión acertada por cuanto permite una mayor flexibilidad a la hora de catalogar la ingente bibliografía publicada sobre el *Quijote* en un marco sincrónico que a simple vista parece reducido, así como atender a cuestiones de índole social, histórica, teórica, literaria, etc., de una manera más exhaustiva y satisfactoria.

Dos son los objetivos principales que se marca Montero Reguera: en primer lugar, busca “delimitar con nitidez las líneas de investigación sugeridas” (15), y posteriormente, una vez identificadas éstas, analizar detalladamente los trabajos críticos adscritos a cada línea investigativa. Cada uno de los ocho primeros capítulos se estructura en torno a una tendencia de investigación concreta, desde la historia y la sociedad del *Quijote* hasta el papel otorgado a la mujer, al erotismo y a la sexualidad en la novela, pasando por aspectos relacionados con su génesis, su recepción, el *folklore*, la teoría literaria o los narradores y el diálogo, con un noveno capítulo en el que se examinan, a modo de reseña, una serie de manuales de introducción al *Quijote*, fruto de los esfuerzos interpretativos de prestigiosos académicos como L. A. Murillo, Martín de Riquer, Anthony Close, Carroll B. Johnson, Stephen Gilman o E. C. Riley, que forman ya parte del canon crítico cervantino. A lo largo de todos estos capítulos, Montero Reguera cumple con los objetivos propuestos, ofreciéndonos un libro de alto valor informativo, con una gran claridad expositiva, prueba evidente de una enorme y profunda labor de investigación teórico-bibliográfica. Como el propio autor afirma en su breve conclusión, “el lector interesado encontrará aquí una bibliografía muy amplia que le permitirá introducirse en un campo tan complejo como apasionante” (202). Esta extensa bibliografía se encuentra aquí profusamente comentada, lo cual incide en el valor de esta obra como guía que el lector puede utilizar a la hora de enfrentarse a la gran cantidad de textos publicados acerca del *Quijote* durante los quince años repasados por Montero Reguera.

Por el contrario, lejos de presentarse como un manual bibliográfico, *Materiales del Quijote: La forja de un novelista* reúne una serie de estudios previamente publicados en revistas especializadas o expuestos en congresos de cervantistas, convenientemente revisados y uniformados aquí para su edición en forma de libro. El volumen, que se ocupa de ciertos elementos también tratados en el trabajo comentado anteriormente (el *Entremés de los romances*, la influencia del teatro en el *Quijo-*

te, por ejemplo), parte de una premisa francamente interesante: a partir de diversos textos que Cervantes estaba escribiendo en los momentos previos a la concepción de la primera parte del *Quijote*, Montero Reguera busca ahondar en “el proceso de amalgamamiento de materiales que condujeron, no sólo a la creación del libro, sino, ulteriormente, a sentar las bases de la novela moderna” (8). Se trata, pues, de una propuesta atractiva encaminada a arrojar luz sobre la génesis del *Quijote* de 1605, un aspecto que ha suscitado siempre un enorme interés en la crítica, y que Montero Reguera afronta aquí desde presupuestos de índole histórico-literaria, utilizando en ocasiones información biográfica e incluso llegando a reducir su estudio textual al nivel fónico. A mi juicio, pese a que contiene momentos muy inspirados en los que el autor realiza observaciones de gran perspicacia, al libro le falta cierta profundidad crítica, como si Montero Reguera no se hubiese atrevido a llevar sus ideas un paso más allá, y adolece a veces de una ligera repetitividad. Veamos algunos ejemplos concretos.

En el capítulo que abre el libro, Montero Reguera reconoce que *Don Quijote* sale a la luz en un momento de frenética experimentación literaria en el cual las fronteras que separan unos géneros de otros aparecen claramente difuminadas, para incidir posteriormente en la importancia de la novela corta en la génesis del primer *Quijote*. El crítico explora la posibilidad de que Cervantes tuviese en mente en un principio la escritura de una novela corta, que acabaría por convertirse en una novela más extensa al reconocer su autor las posibilidades narrativas de su historia. Montero Reguera apoya esta tesis en la teoría de Francisco Rico que data la composición de las *Novelas ejemplares*, no publicadas hasta 1613, alrededor del momento en que Cervantes inició la escritura de *Don Quijote*. A continuación, Montero Reguera se entrega a una comparación temático-estructural entre el texto cervantino y el anónimo *Entremés de los romances*, que posiblemente ejerció algún tipo de influencia en los primeros capítulos de *Don Quijote*, de acuerdo con las evidentes semejanzas existentes entre ambas obras. Por otro lado, Montero Reguera analiza la presencia de las historias interpoladas en la primera parte, llegando a una interesante conclusión: “Las interpolaciones no se producen exclusivamente en la cuarta parte, pero probablemente estaban destinadas para ella, sólo que a última hora Cervantes las cambió de sitio al darse cuenta de la descomposición estructural que se estaba produciendo” (22). A partir de todo lo expuesto anteriormente, este primer capítulo concluye que “[e]n términos de la literatura de ficción en prosa, con el *Quijote* Miguel de Cervantes pasa de ser un *novelliere* a sentar las bases de la novela moderna” (25). No cabe duda de que Cervantes contribuyó decisivamente a configurar las bases de la novela moderna con *Don Quijote*, pero en mi opinión, teniendo en cuenta que ya había publicado la novela pastoril *La Galatea* en 1585, no me parece acertado calificar a Cervantes, como Montero Reguera hace aquí, de *novelliere* convertido en novelista. Más bien parece obvio que Cervantes es un autor que cultivó, con mayor o menor éxito, varios géneros literarios diferentes, y todos ellos se dan cita en el *Quijote*.

Por otra parte, Montero Reguera está profundamente interesado en la relación entre *Don Quijote* y la expresión dramática, terreno literario en el que Cervantes no obtuvo un gran reconocimiento en vida. A estudiar dicha relación dedica dos capítulos de este libro, considerando que varios episodios del *Quijote*, algunas de las *Novelas ejemplares* y el *Persiles* presentan elementos eminentemente determinados por el teatro. El capítulo titulado “Entre novela y teatro: *La gitanilla*” profundiza en la teatralidad de la prosa de Cervantes, postulando una interesante y acertada lectura de dicha novela ejemplar desde un punto de vista teatral. El crítico apoya su argumentación en elementos temáticos y estructurales que acercan esta narración al ámbito dramático, justificando dicha conexión fuera de toda duda. No obstante, en ningún punto de este capítulo se entra en un diálogo directo o indirecto con el texto de *Don Quijote*, algo que resulta chocante teniendo en cuenta el objeto de estudio de este libro.

La poesía es, asimismo, una piedra angular en la composición de la primera parte del *Quijote*, y Montero Reguera recuerda la enorme estima en que Cervantes tenía el quehacer poético en un capítulo titulado “Poeta ilustre, o al menos magnífico,” en el que se adentra en el análisis de la poesía inserta en la novela. El crítico observa de manera reveladora que la poesía constituye un recurso novedoso para un libro de caballerías: “este elevado número de versos en el *Quijote* puede deberse a la influencia de otros géneros literarios, no la de su modelo: ¿acaso la novela corta en que es un consumado maestro? ¿Acaso la novela pastoril de la que había ofrecido un interesante ejemplo en 1585?” (54). A partir de ahí, sin embargo, el capítulo avanza por derroteros poco analíticos y más bien descriptivos, incluyendo cuadros que contabilizan los diversos tipos de estrofas utilizadas en *Don Quijote*—lo cual da una idea del hábil manejo del medio poético demostrado por Cervantes—y aun un apéndice que cataloga todas las composiciones en verso contenidas en ambas partes del *Quijote*. Montero Reguera incurre en prácticas semejantes en el capítulo que lleva por título “Una prosa engalanada,” en el que analiza la musicalidad de ciertos títulos de capítulos y pasajes del primer *Quijote*, reduciendo su estudio al mínimo nivel fónico, mas sin llegar a conclusiones concretas y, en algunos momentos, sin justificar plenamente algunas de sus afirmaciones.

En cambio, los dos capítulos titulados “Libros y lecturas de un hidalgo” y “Aquí se imprimen libros: un nuevo mundo editorial” se hallan entre los momentos más álgidos de este estudio, por cuanto se enfrentan desde diferentes puntos de vista a la relación establecida entre el autor, el texto y los lectores. El primero de estos capítulos parte de la afirmación innegable de que *Don Quijote* es un libro sobre libros, un texto en el que la narración, los lectores y la lectura adquieren una importancia primordial. En este contexto, Montero Reguera subraya que Cervantes postula la necesidad de la existencia de un lector activo que esté capacitado para leer entre líneas y entregarse a suposiciones sobre aquello que lee con objeto de suplir los silencios del texto. Así, el crítico concluye acertadamente que “[a] través de un extraño hidalgo que lee libros de ficción, Cervantes enseña a leer crítica y

activamente un libro; crea, pues, el lector, la lectura moderna, lo que constituye uno de sus grandes, singulares, valores” (79). El segundo capítulo mencionado añade a todo esto las figuras decisivas del impresor y el editor, inscribiendo la novela cervantina en el contexto de la incipiente *print culture* aurisecular, en el cual el libro como objeto se convierte en una entidad física con valor económico, y en su composición intervienen una serie de intermediarios o transductores. Montero Reguera echa mano aquí de datos históricos y biográficos, estudiando a fondo el prólogo y otros paratextos de la primera parte de *Don Quijote* y completando uno de los instantes más iluminadores de su estudio.

Finalmente, parece necesario indicar que uno de los aspectos más problemáticos de este libro reside en su tendencia a la repetición. Por ejemplo, ya se ha dicho que el primer capítulo hace referencia explícita a la importancia del *Entremés de los romances* en el origen de las primeras andanzas de don Quijote (19-21), pero el autor vuelve a incidir en ello unas páginas más adelante en el seno de otro capítulo diferente (31) y en términos similares. Además, varios capítulos recuerdan reiteradamente que el *Quijote* nació entre poesía, teatro y novela corta, algo que ya se anuncia en el prólogo (7-8) y en el capítulo inicial (25), pero en lo que se insiste varias veces en subsiguientes capítulos. El ejemplo más evidente de estas repeticiones textuales emerge en relación a las *Novelas ejemplares*: Montero Reguera señala en dos ocasiones que Alonso Fernández de Avellaneda las califica como “comedias en prosa” (28, 36), en dos párrafos ostensiblemente semejantes insertos en dos capítulos diferentes. Sin duda, esta tendencia a la repetición puede explicarse atendiendo al hecho de que estamos ante un volumen compuesto por un puñado de artículos sueltos que acaso en un principio no estaban destinados a conformar un libro, pero que fueron posteriormente reunidos a tal efecto.

En definitiva, como ya he señalado, nos encontramos ante dos estudios marcadamente diferentes. En *El Quijote y la crítica contemporánea*, Montero Reguera hace gala de su capacidad de síntesis enfrentándose a cerca de un millar de referencias bibliográficas cervantinas que datan de finales del siglo XX y nos regala un utilísimo manual de consulta, bien estructurado y sencillo de manejar. *Materiales del Quijote*, por su parte, presenta ciertos altibajos críticos, y si bien contiene pasajes afortunados, sufre de una ligera falta de unidad y, por veces, se nos aparece como un libro un tanto desmembrado. Sin embargo, ello no debe ser óbice para el disfrute de algunos de sus más acertados capítulos.

ANTÓN GARCÍA-FERNÁNDEZ  
anton.garcia@vanderbilt.edu